

El **conflicto** de las **facultades**

Sobre la universidad y el sentido de las humanidades

Miguel Giusti (Ed.)

Capítulo 17

ANTHROPOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CONFLICTO de las facultades : Sobre la universidad y el sentido de las humanidades / Miguel Giusti, editor. — Barcelona : Anthropos Editorial ; Lima (Perú) : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 430 p. ; 24 cm. (Autores, Textos y Temas. Filosofía ; 108)

Bibliografías

ISBN PUCP: 978-612-317-461-3

ISBN Anthropos: 978-84-17556-15-0

1. Filosofía y teoría de la educación : Finalidad moral y social de la educación
2. Filosofía social y política 3. Humanidades 4. Enseñanza superior: Universidad
I. Giusti, Miguel, ed. II. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial (Lima)
III. Colección

Primera edición: marzo de 2019

© Miguel Giusti y otros, 2019

© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2019

Edita: Anthropos Editorial. Barcelona

www.anthropos-editorial.com

En coedición con la Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial

Avenida Universitaria 1801, San Miguel, Lima

ISBN (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial): 978-612-317-461-3

ISBN (Anthropos Editorial): 978-84-17556-15-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-03734

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900285

Diseño de cubierta: Javier Delgado Serrano

Imagen de portada: Jorge Eduardo Eielson, *Rotor VI*, 1977

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: (+34) 936 972 296

Tiraje: 500 ejemplares

Primera edición: marzo de 2019

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risso 580, Lince. Lima - Perú

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

LA LECTURA, LOS LIBROS Y LA LENGUA EN LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA

Carlos Garatea G.
Pontificia Universidad Católica del Perú

Como punto de partida, debo admitir que el título evoca un mar de aspectos y problemas imposibles de desarrollar, con la profundidad y el rigor que merecen, en un breve texto. Apenas puedo esbozar una o dos ideas generales. Me queda, sin embargo, la confianza de que estas páginas despierten el interés del lector y sirvan para tomar conciencia de la trascendencia y de las relaciones existentes entre la lectura, los libros y la lengua en la formación universitaria, sobre todo, aunque no exclusivamente, en el ámbito de las humanidades. Confieso, por cierto, que cuando formulé el título solo consideré dos cosas: la primera, no quería mencionar la palabra «crisis» ni asociarla a «humanidades»; la segunda, que no me tomara mucho tiempo escribir el texto. Conseguí lo primero, pero no lo segundo.

¿Por qué omitir «crisis de las humanidades»? No para silenciar ni negar las evidencias de una situación real, evidente, que se expresa de maneras diversas, sino porque creo que debemos dar el paso que nos lleve más allá de su enunciación y que nos ayude a reconocer las dimensiones involucradas, a reflexionar sobre las causas y los efectos y, en particular, que nos permita actuar en concordancia con lo que esperamos de ellas y de lo que se quiere hacer con las humanidades en el ámbito de la formación universitaria y de la investigación académica. Lo que necesitamos es observar en el interior de «la crisis de las humanidades», preguntarnos acerca de lo que queremos decir con la expresión y, de ese modo, ganar la perspectiva necesaria para distinguir las magnitudes conceptuales y prácticas comprometidas, las que deben ser dejadas de lado y las que deben ser encaminadas, corregidas o sencillamente fortalecidas y promovidas. Hacia lo último apunté cuando introduje «formación universitaria» en el título. Tal vez sea la dimensión que mejor expresa que las humanidades tienen una dimensión pedagógica, sensible y dinámica, que enriquece la formación universitaria y que contribuye con el crecimiento y el desarrollo integral de la persona, una dimensión que aterriza en planes de estudios y se encarna en su actor principal: el profesor. Ambos son imprescindibles pero exigen consideraciones claramente distintas. Los planes de estudios no crean profesores ni aseguran de por sí —por más que lo digan y repitan— que se forma integralmente a los alumnos; los profesores que responden a ese modelo no surgen de la nada ni con rapidez: requieren preparación académica sólida, tiempo para el estudio y la investigación, bibliotecas y, sin duda, un salario digno.

Por cierto, el término humanidades merece una evaluación, una puesta al día que acoja y valore el camino seguido por ellas desde la antigüedad. No se necesita erudición alguna, basta la curiosidad y el interés, para reconocer que no solo han

cambiado los contenidos y las disciplinas evocados por el término humanidades, sino que además, en paralelo, las expectativas y la valoración social de las disciplinas humanísticas y de lo que entendemos por humanidades han sufrido un cambio que es imposible negar y cuya muestra más notoria es que solo unos cuantos se acuerdan de ellas cuando se ocupan del diseño de las universidades; nadie las menciona cuando se piensa en el país que queremos construir; y, permítanme el giro, en la estimación de las actividades valoradas positivamente por la sociedad, las humanidades no están en los primeros puestos, sino que andan al final de la tabla, en la cola, y entre las opciones que mayores reparos despiertan cuando aparecen en los labios del joven que se interroga por su futuro profesional. Habría que preguntarse, entonces, si es posible revertir la situación; pero también habría que preguntarnos qué hacemos para remar a contracorriente. Si no hacemos nada y sencillamente nos atrincheramos en la «crisis de la humanidades» y la señalamos como responsable de todos nuestros males, escondiéndonos en la crítica, sin ofrecer una idea a cambio, sin que asumamos el lugar y la responsabilidad que nos toca, entonces estamos perdidos.

¿Y por qué este texto me ha tomado más tiempo del que pensé? Sencillamente porque encontré que, con lectura, libros y lengua, puse en relación tres aspectos diferentes del quehacer universitario, situados en el vértice de lo que entendemos por universidad, por investigación, por estudios superiores y, sin duda, por humanidades. Los tres —lectura, libros y lengua— son también hoy identificados con algún tipo de crisis, decaimiento, retroceso, banalidad, corrupción o sometimiento a presiones comerciales, ajenas a su sentido cultural e histórico; y, en cuanto son situados y calificados de ese modo, les acompaña cierta nostalgia respecto a un pasado en el que todo era mejor —mejores y más lecturas, mejores libros y mejor uso de la lengua y de la palabra—. Un humanista como Nebrija se expresó en términos idénticos, con igual pesimismo y con adjetivos similares, en el prólogo de su famosa gramática castellana de 1492. En ese libro, anticipándose al eminente descalabro general, que daría al traste con la lengua y con la Corona españolas, justificó su trabajo: una gramática que conservaría la lengua en su elegancia y pureza y pondría a los Reyes Católicos a buen recaudo. Porque «la lengua [es] compañera del imperio», afirma Nebrija. Las consecuencias de esta concepción que une e integra lengua y poder, y viceversa, son fácilmente reconocibles si se piensa en lo que sucedió en América, una vez impuesto el poder español, donde reinaban otras lenguas y culturas. Poco después de Nebrija, Cervantes, otro humanista emblemático, hizo enloquecer a Alonso Quijano de tanto leer novelas de caballería hasta convertirlo en Don Quijote, mientras que, a su lado, Sancho, el escudero, era depositario de una sabiduría transmitida de boca en boca, sin contacto con los libros ni con la escritura, pero útil en la vida diaria, en la solución de problemas inmediatos. Cervantes logró un equilibrio notable entre ambos; un balance entre los ideales, la cultura y la lectura, y lo sencillo, popular y práctico; un balance que hace de la novela un magnífico retrato de los dos extremos entre los que se bandea todavía hoy la discusión sobre las humanidades y la vida social. Ambos ejemplos son suficientes para encontrarse con dos valores opuestos. Por un lado, el del conocimiento y el de la teoría, y, por otro, el práctico e inmediato. Es bastante claro en Cervantes, aunque en algunos capítulos el autor se encarga de borrar las fronteras y de mostrar cuánto necesita uno del otro. Nebrija, en cambio, define un propósito político a partir de la delimitación gramatical de una lengua: la continuidad del poder imperial depende

del cuidado y la pureza de la lengua española. ¿Qué quiero decir? Quiero mostrar así que la discusión sobre el valor y la utilidad de los libros, la lectura y la lengua tiene un largo camino en el campo de las humanidades. Los libros, la lectura y la lengua han sido objeto de perspectivas y valores distintos y, por tanto, bien vale la pena atenderlos en la discusión sobre la actualidad y el sentido de las humanidades en la formación universitaria. En ocasiones, hoy, el equilibrio cervantino parece quebrarse y triunfa Sancho; en otras, sobresale nítidamente Don Quijote y se ignora y posterga al escudero. Nada digo sobre las lenguas, cuya trascendencia como formas históricas y tradicionales que hacen posible la comunicación y pueden favorecer el consenso y la tolerancia es simplemente desdeñada y se prefiere torcer el sentido de las palabras para mentir, silenciar u obtener alguna prebenda. Pero no todo es asunto de equilibrio. Siempre hay más.

Francisco Rico ([2002] 2014) recuerda, por ejemplo, que la estirpe más ilustre del humanismo, la más rica en ideas (no en meras recetas), defendió que el fundamento de toda la cultura debía buscarse en las artes del lenguaje, profundamente asimiladas merced a la frecuentación, el comentario y la imitación de los grandes autores de Roma y de Grecia. La lengua y la literatura clásicas habían de ser la puerta de entrada a cualquier doctrina o quehacer dignos de estima; la corrección y la elegancia del estilo, según el buen uso de los viejos maestros de la latinidad, constituían un requisito ineludible de toda tarea intelectual; los *studia humanitatis* así concebidos lograrían alumbrar la nueva civilización (Rico, [2002] 2014, p. 17). Ciertamente que, llevados por ese impulso, el trato con los códices, la crítica textual, y, en particular, la filología avivaron en los humanistas la conciencia de la diversidad de los hombres y la singularidad de cada uno (Rico, [2002] 2014, p. 41). Al humanismo, en última instancia, le seguimos debiendo haber descubierto que nuestra dimensión es la historia, que el hombre vive en la historia, es decir, en la variación, en la pluralidad de entornos y percepciones (Rico, [2002] 2014, p. 44).

Pues bien, situados en el presente, hay que matizar el alcance del panorama que acabo de describir. Para empezar, no hay que ser un agudo observador para percatarse de que, aunque nunca se ha leído más que hoy, la lectura que, por lo general, favorecen las nuevas tecnologías, lejos de servir para desentrañar el sentido cabal de un escrito, se limita a la captación superficial y dispersa de algunos de sus contenidos, a menudo no los centrales o pertinentes, favoreciendo la aprensión de los fragmentos antes que de la totalidad, como ha señalado Antonio Narbona (2016, p. 135). La «descontextualización» que esto implica parece contradictoria con los procedimientos tradicionales de aprender leyendo, de la percepción de las obras como obras, en su totalidad y coherencia (Chartier, 2010); dando paso así a la desaparición del entorno en el que se inscriben los discursos y definen su sentido, su identidad y, en muchos casos, su originalidad. Apenas se aprecia y valora actualmente el fondo tradicional con el que conversa o discute un texto, una idea o una hipótesis. Todo parece urgido por la inmediatez. No hay tiempo para mirar atrás y apreciar la historia. Solo existe el mañana. En paralelo, un fenómeno iniciado en el siglo XIX cobró dimensiones arrolladoras en las últimas décadas: me refiero a la fragmentación de las prácticas de lectura que, hace más de un siglo, dio paso a la multiplicación de productos impresos dirigidos a los lectores «populares»: colecciones baratas, publicaciones por entregas, revistas ilustradas, literatura de estación, etcétera (Chartier, 2010). Sin embargo, en paralelo y en la misma época, se reivindicó una cultura —digamos—

más pura, menos contaminada por el mercado y —hay que decirlo—, en muchos casos, elitista y discriminadora, aunque el discurso dijera lo contrario. Un ejemplo extremo, pero ejemplo al fin y al cabo, que me sirve para ilustrar lo que quiero decir, es un pasaje del *Diccionario de peruanismos* de Juan de Arona, alias de Pedro Paz Soldán y Unanue, arequipeño, poeta, culto, europeísta, quien, al inicio de su definición de la palabra *cholo*, dice: «*cholo*: una de las muchas castas que infestan el Perú, es el resultado del cruzamiento entre el blanco y el indio». Y concluye: «El cholo aquí no es más que un individuo del pueblo, o de la sociedad, o de la política». Si un diccionario es un libro que refleja valores y representaciones sociales que se plasman en palabras, significados y usos colectivos, este ejemplo es un caso clarísimo de hasta dónde se puede llegar en nombre de la cultura, de la ciencia y del camino que debemos evitar en las humanidades, en la vida universitaria y en el país. Pero, al mismo tiempo, pone nuevamente sobre la mesa la necesidad de pensar acerca de aquello de lo que hablamos cuando hablamos de humanidades, especialmente en el Perú. No es por tanto un problema del libro ni de la lengua, sino de cómo nos acercamos al contenido, a lo que se dice, se crea y elabora lingüísticamente.

Un efecto poco explorado de la fragmentación del conocimiento y de la consiguiente especialización es la elaboración de un discurso oscuro, atomizado e impenetrable, que va de la mano de otra imposición ajena a las humanidades y al desarrollo del conocimiento, pero que ha calado profundamente en ellas: la necesidad de ser originales e innovar. Ambas palabras son difíciles de conciliar si consideramos el sentido de la investigación en ciencias humanas y resultan claramente distintas si las trasladamos al ámbito de las ciencias naturales. Lo que vale en un caso es distinto de lo que vale en el otro, aunque — en apariencia— las palabras para hablar de ellas sean las mismas. El mejor ejemplo es lo que se entiende (o se dice entender) por «calidad», como medida de valoración del trabajo académico en el campo de las ciencias naturales y de las ciencias humanas. Aunque la palabra sea una, ambos campos científicos tendrán consideraciones distintas para valorar los trabajos que proceden de uno u otro ámbito. Y, sin duda, su valoración será también distinta en los casos en que la palabra «calidad» aparece en boca de alguien que no pertenece al mundo de las ciencias humanas ni al de las ciencias naturales pero que, sin embargo, por azar o simple necesidad, usa la palabra. Algo parecido sucede cuando hablan de investigación quienes nunca han investigado. No es, por cierto, un problema menor. Está en la base de la tolerancia y el respeto a la diversidad académica. Su desconocimiento puede ocasionar actitudes intolerantes y promover el empobrecimiento de la vida académica que origina la homogeneización de quehaceres distintos. Y, de ese modo, casi de inmediato, se desvirtúa el sentido de las humanidades, aunque se hable de ellas.

Decía que son palabras peligrosas, porque la originalidad se confunde con descubrir —como se dice— nuevamente la pólvora. Se prefiere decir «mezcla inflamable compuesta generalmente de nitrato de potasio, azufre y carbón, que a cierto grado de calor se inflama desprendiendo bruscamente gran cantidad de gases», a decir pólvora otra vez. A más palabras, se cree que el resultado será mejor. Esa explosión de palabras y frases no favorece la comunicación ni contribuye con el sentido de lo que se pretende decir. No hay razón para no decir las cosas con claridad. Muchas veces se trata de discursos vacíos, aunque estén integrados de palabras conocidas y generales. Lo que quiero señalar con esta referencia al discurso oscuro

es la pérdida de contacto con los alumnos y la distancia que se impone con los lectores. Con esto no abogo a favor de la divulgación, ni pretendo pasar de contrabando la banalización del conocimiento, sino, más bien, subrayo la importancia de saber comunicar, de saber exponer las cosas con claridad y de asumir la sencillez y la naturalidad del estilo, como se decía entre los humanistas del siglo XVI, a manera de pauta para la formación universitaria. Hoy, por ejemplo, se presiona a los estudiantes para que opten por lecturas críticas, científicas, objetivas, por datos «cuantificables», y rehuyan lo que llaman subjetividad, impresionismo, vaguedades, que, en muchos casos, son interpretaciones o ideas personales. Aunque es fácil entender qué se pretende con esa presión, ella ha desembocado en un pantano de términos, terminologías, giros y sobregiros, definiciones y redefiniciones que no colaboran con la lectura ni con la comunicación, ni con la creatividad esperada en alguien que piensa por cuenta propia. Ya sé que toda disciplina requiere términos propios. Pero no hay que abusar. Cito dos ejemplos para ilustrar lo que intento afirmar. El primero lo citó Antonio Alatorre para mostrar hasta dónde puede torcerse una lengua y el daño que hace convertir la formación en un simple traspaso de recetas: «narrador y apreciador pueden coincidir en un mismo actante. En dicho caso, coincidirán también en un subactor homointradiegético o heterointradiegético. Si es homointra [¡así dice el autor para abreviar!], la homodiegeticidad será personal o temporal o espacial. Si el apreciador no coincide con el narrador, se tratará de un actante no narrador heteroextra —u homoextra— personal o temporal o espacial» (Alatorre, 1993, p. 14). El siguiente es sobre César Vallejo. En el tránsito de un verso que dice «y muere un sentimiento antiguo» a otro que empieza con «degenerado en seso», el autor de un artículo descubre: «el trance casi traumático de una estrofa, o parte de ella, a otra, el salto sobre el espacio imperturbable» (Smith, 2007, p. 110). Perturbado queda sin duda el lector ante tanta originalidad. Sin duda que por ese camino no se fomenta el ideal de conocimiento ni de universidad que queremos afirmar en torno a las humanidades; tampoco se avivan las vocaciones entre nuestros estudiantes que, si estuvieron atentos, terminan confundiendo argumentos con la terca repetición de terminologías huecas. Todo esto está causando más mal que bien, aunque, en simultáneo, reconozcamos avances indudables en las ciencias humanas.

Me parece que las pocas conclusiones que puedo señalar fueron anticipadas en las páginas anteriores. Hay que volver a lo de siempre: a los textos, a la lectura, a los entornos y a la opinión sensata, razonada y fundamentada de lo que se lee. Pero también a las dudas y las preguntas. Aunque ello sea obvio, no deja de ser serio y parece necesario recordarlo de vez en cuando. En términos generales, creo que hay dos condiciones para reforzar la importancia de las humanidades en la vida universitaria: una, afirmar su papel en la formación de la persona y de la cultura; dos, hacer evidente su pertinencia en la sociedad en la que se vive. Y «pertinencia» no es lo ocasional, lo práctico y volátil, sino lo propio, lo que nos pertenece.

Bibliografía

- ALATORRE, Antonio (1982). «Lingüística y literatura». *Mapocho*, 34(1993), 9-19.
- ARONA, Juan de [Pedro Paz Soldán y Unánue] (1883). *Diccionario de peruanismos: ensayo filológico*. Lima: Imprenta de J. Francisco Solís.

- CHARTIER, Roger (2010). «Aprender a leer, leer para aprender». *Nuevos Mundos, Mundos Nuevos*, 10, 1-25.
- (2014). «¿Qué es un libro? ¿Qué es leer? Una doble genealogía». *Anales*, 6, 127-140.
- EJIDO, Aurora (2016). «La dignidad de las humanidades y Miguel de Cervantes». Discurso de investidura como Doctora Honoris Causa (Madrid, Universidad Carlos III). Recuperado de <https://www.uc3m.es/ss/Satellite/UC3MInstitucional/es/TextoMixta/1371223104944/Profesora_Aurora_Egido_Martinez>.
- GARATEA, Carlos (2012). «Idas y vueltas de la filología». Lección Inaugural de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la PUCP (manuscrito).
- (2016). «¿Y las humanidades?». En Santiago Pedraglio (coord.), *Dossier: Aproximaciones a la educación superior universitaria, Perú 2016*. Lima: PUCP.
- LARA, Luis Fernando (2016). *Por una ética de las lenguas y del hablar* (manuscrito).
- NARBONA, Antonio (2016). «El arte de hablar y escribir correctamente». *Minervae Baetica*, 44, 133-146.
- RICO, Francisco ([2002] 2014). *El sueño del humanismo: De Petrarca a Erasmo*. Barcelona: Crítica.
- RIVERO, Augustin (2013). «¿Qué son hoy las humanidades y cuál ha sido su valor en la universidad?». *Revista de Educación Superior*, 42(167), 81-100.
- SMITH, Alan E. (2007). «La palabra genital de *Trilce XIII*, de César Vallejo». *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 43, 107-115.